

# Un viejo muy viejo

Arnoldo Kraus

*Simone de Beauvoir escribió en La vejez que los ancianos se habían convertido en un sector marginal de la sociedad equiparable al de los pobres o los inmigrantes. Arnoldo Kraus aborda el tema en este contundente y sobrio relato y retrata la soledad, el deterioro y el olvido que sufren las personas de la tercera edad.*

Hace algunos años atendí en mi consultorio a un viejo muy viejo. Ramón era su nombre. En su ficha de identificación dejó en blanco el rubro *edad*: o no quiso responder o no lo vio. O quizás ambas. ¿Para qué responder? La edad, los muchos años, los años incontables no sirven. Alejan a la gente.

Mientras revisaba el resto de la ficha y conforme se desarrollaba nuestra plática comprendí que la primera opción era la correcta. Tenía demasiados años. Prefería no hablar acerca del peso de su edad. “A la gente no le gustan los viejos. Procuran no vernos. Procuran alejarse del deterioro físico del tiempo. Hace unos años una persona más vieja que yo me decía: ‘entre más apocados estemos, mejor. Entre más transparentes seamos, mejor. ¿Hace cuánto nadie te mira?’, me preguntó”.

Ramón era un paciente nuevo. Acudió a consulta buscando una respuesta:

“Doctor, tengo muchos años. Soy muy viejo. La mayoría de mi gente ha muerto. Cuando fallece uno de mis amigos me pregunto: ¿qué sucede conmigo?, ¿por qué no muero si he padecido enfermedades similares a las que matan a personas más jóvenes? ¿Acaso existen patologías cuyas células impiden morir?, ¿es posible que por mi avanzada edad se me haya olvidado morir? No me siento mal por no morir pero tampoco me siento bien por vivir sin rumbo, sin deseo, sin ilusión. No hablo de

felicidad. Hablo de la realidad de mi soledad. Las paredes de mi cuarto lo saben. Son testigas y compañeras inseparables. Sobre ellas he trazado mil imágenes.

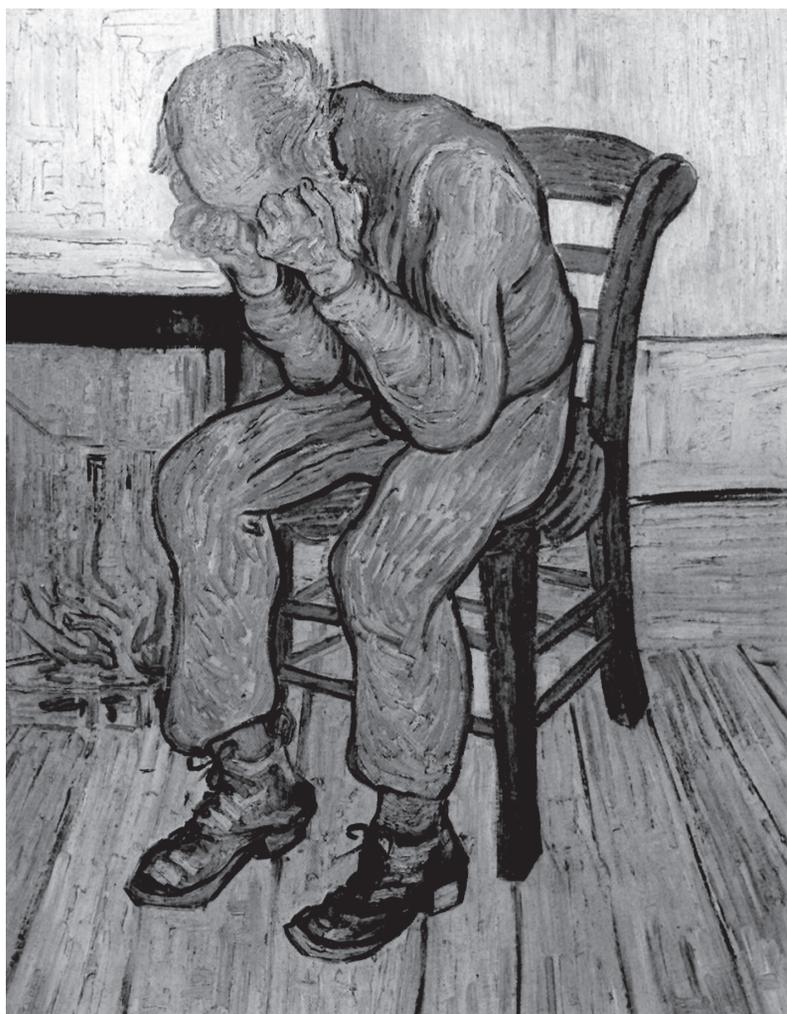
Es demasiada la soledad y mucho el tiempo vacío. Los martes son como los lunes, los mayos como los septiembrés, las noches como las mañanas: todo es igual, todo se repite. Cambia el vacío, cada vez es más hondo, cambia la soledad, cada vez es más profunda. En eso sí difiere la vida. La de hoy es más triste: tiene nuevos huecos, nuevos dolores, menos horizontes. La soledad llena todo. Es mi dueña. Yo no soy dueño de nada: ni de mi vida, ni de mi muerte”.

Mientras lo interrogaba acerca de sus males el viejo hablaba sin cesar. Sus palabras iban y venían. Tejían su presente. Disecaban su soledad. Yo escuchaba y preguntaba. El viejo respondía y preguntaba. Yo intentaba responder. Él quería saber. Por eso me había buscado. Yo hubiese deseado aclarar. No lo conseguía. El diálogo fluía con lentitud pero no se interrumpía. Ramón estaba obsesionado; quería saber las razones por las cuales no moría. Pensaba que era víctima de una enfermedad no descrita: una enfermedad donde sus células eran víctimas de un virus cuyas sustancias le impedían morir. “No quiero ser inmortal. La soledad es infinita. Ha penetrado todos los rincones de mi ser. Me ha desnudado. Ha ocupado mi mobiliario. Me ha

desvinculado. Sólo cuento con mi voz y con mi soledad. No me interesa más ser su inquilino”.

Ramón no era un caso único. Muchos viejos perviven como él; pocos, familiares, amigos o médicos cavilan acerca del mal de los viejos, del mal de la soledad. La soledad produce un dolor diferente. Abre heridas nuevas. Expone patologías no descritas. En los libros de medicina no se escribe acerca de ese mal y los profesores no hablan de ese tópico. “Qué raro, qué extraño. Muchas personas, viejas y no viejas hablan en los consultorios —y en la vida— del dolor de la soledad. Debo agregar a mi lista el diagnóstico soledad. Ramón encaja en ese mal: pervive sin límites, sin fin, sin horizonte, sin salida, lleno de soledad y de remordimientos. Los verdaderos achaques de la vejez son la soledad y los remordimientos. Terrible mezcla”.

Recordé la historia de un anciano que había sepultado a su consorte, a dos de sus tres hijos y a un nieto. Uno de los nietos me dijo: “Mi abuelo es muy viejo, creo que se le ha olvidado morir. Su cuerpo, a diferencia de su memoria, funciona a la perfección. Cuando hablo con él casi no recuerda nada. No recuerda ni su nombre, ni el año en que vive, ni mi nombre. Sabe que después de la vida sigue la muerte pero ignora por qué no muere. Con frecuencia me pregunta: ¿Me podrías explicar las razones por las cuáles no muero? ¿Acaso es mi culpa?”.



Vincent Van Gogh, *En la penumbra de la eternidad*, 1890

La tristeza de otros viejos se hizo presente. Apareció don Alberto: “El libro de mi vida siempre está cerrándose pero no llega la última página. Falta el punto final”. Recordé a doña Gloria: “He empezado a morir otra vez. Vivo sola desde hace veinte años. No moriré por alguna enfermedad. Lo haré por soledad”. Abrí un cuaderno: “Mientras no fenezca mi soledad no terminarán mis días. Mi soledad carece de infinito. Mi soledad no sabe morir”.

El tiempo había dejado su huella en Ramón. No sólo había carcomido su memoria, su cuerpo también había sufrido varios estragos. Ramón hablaba con parsimonia, muy lentamente. Hablaba lentamente para acompañarse, sin prisa. La prisa había dejado de existir. Su piel era de una ligereza insoportable: bastaba mirarla para penetrarla. De sus orejas salía una mata de pelo que le impedía escuchar. Sus dientes eran tan negros como las piedras negras que insertaban nuestros antepasados en las arcadas de las calaveras. Sus manos no tenían consistencia; estaban cubiertas por incontables manchas ocre. Eran sólo huesos y pellejos. En los pies había muchas hendiduras cuya arquitectura remedaba las imágenes de los caracoles petrificados en las cuevas. Sus uñas eran tan duras como la vida. Su andar era más lento que la muerte. Su corazón, sus pulmones, su hígado y sus riñones funcionaban a la perfección. Morir de puro viejo hubiese sido la solución.

No había señales de muerte. Había señales de deterioro; las huellas del tiempo se habían apoderado de su físico. Le pedí a Ramón que se vistiese. “Me tomará un poco de tiempo. Mi ropa pesa mucho y las agujetas de los zapatos son muy duras”.

—¿Cómo le ayudo, don Ramón?

—¿Por qué no me muero? Mi cuerpo es terco. Sigue. ¿Es posible morir por soledad? No quiero seguir así. Me sobra demasiado por delante.

Ramón me miraba y yo lo miraba. Entre las miradas que iban y venían me detuve en la ficha de identificación. Profesión: Ninguna. Estado civil: Viudo.

Poco tenía Ramón que hacer en la Tierra. Le sobraba tiempo. Le faltaba compañía. Tenía cosas que decir, guardaba en su memoria muchas palabras: le faltaba quien las escuchara. Del recuento que don Ramón hacía cada mañana la soledad nunca faltaba.

—No, Ramón, no se muere por soledad. Lo veré la próxima semana. Pensaré cómo ayudarlo.

Del fardo de los años acumulados sólo se escapan quienes mueren a destiempo —¿o a tiempo? Quienes perviven deben asumir esa carga. Si de algo no puede escapar el ser humano es de la humillación que la edad produce.

Ramón sabía mi diagnóstico: Soledad.

—Hasta pronto —le dije.

¿Cómo ayudarlo?, me dije. **U**